

las páginas de una obra de historias. Son dos mujeres. Y eso me permite apuntar que este libro se abre al futuro. Porque estoy convencido de que la siguiente revolución será estructural y profunda: será la revolución de la verdadera igualdad de la mujer y del hombre. Y las protagonistas tendrán perfiles femeninos. La obra aquí reseñada prefigura ese futuro, sin duda.

Quisiera terminar con una breve reflexión: el libro se ubica en dos tiempos de conflicto y ruptura; tiempos que serían trasbordos de la historia, para usar la idea de León Felipe, en los que se abrió la

caja de Pandora y arrastró a millares de seres humanos. En ambos momentos salieron todos los bienes y todos los males del mundo, desde las catástrofes epidémicas hasta las conquistas y guerras civiles. También dejaron su huella en transformaciones sociales y culturales, en invenciones de leyes y formas de gobierno que son cimiento de la realidad mexicana actual. No pocas de esas marcas cargan con un sello idiosincrático particular, ése que tanto ha preocupado a los mexicanos pero, como notó Luis Cardoza y Aragón que veía nuestros cielos míticos más

allá del Suchiate, nos hace únicos, esto es, ser mexicanos.

Dos veces abrió la caja de Pandora en este *México en dos tiempos*. Y las dos veces, hoy lo sabemos porque así lo señala el mito originario, y aquí lo leemos, quedó en el fondo esa pequeña cosa verde, informe, que se movía como con vida propia. Esa cosa verde era la *esperanza*. Como siempre en la historia, la caja se abrirá varias veces más. Entonces entenderemos la importancia de libros como éste que hoy nos convoca. Recordar cómo cerró la caja en los dos primeros tiempos será aleccionador.

Mi encuentro con Marco Antonio Cruz

Alberto del Castillo Troncoso*

Conocí a Marco Antonio Cruz en el mes de abril de 2013 y de inmediato le propuse un trabajo de cirugía mayor sobre su obra. Laboramos intensamente en su casa, en su oficina de la revista *Proceso*, en su archivo—en el poblado de Otumba—y en decenas de cafés, restaurantes y bares durante siete años. En me-

dio se nos atravesó una estancia de un año en Buenos Aires, que sólo incrementó mi interés por su trabajo y una gran retrospectiva sobre su trayectoria, la cual preparamos en septiembre de 2017 a seis manos con los investigadores Laura González y Alfonso Morales en el Centro de la Imagen de la Ciudad de México.

En todo ese tiempo me acerqué a su prodigioso universo fotográfico y construí un profundo lazo de amistad con el extraordinario ser

humano. Cuando después de mil vicisitudes salió publicado nuestro libro lo celebramos jubilosos en plena pandemia en un cafecito, La Selva, que está enfrente de su casa, por los rumbos del Estadio Azteca. Una semana después, un amigo común me dio la terrible noticia por teléfono: Marco acababa de morir durante un paseo en su bicicleta en pleno Jueves Santo. En un par de horas pasé de la negación a la tristeza más absoluta, que hoy perdura,

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

sólo mitigada por la satisfacción de haber concluido juntos, en este libro, aquel viaje maravilloso de siete años a través de sus imágenes.

Una vez me dijo el periodista Carlos Payán que Marco obtenía sus prodigiosas imágenes con la agilidad y la precisión del lince, y que una vez que lo había hecho,

regresaba a su mirada triste y melancólica, que es una singular forma de ver la vida.

Algo de eso se relata en este libro, convertido por el destino en homenaje, en el único homenaje que mi amigo habría aceptado: el que invita a repensar de manera crítica su trabajo y a debatirlo, en

el contexto de la historia reciente de un país de enormes desigualdades que él contribuyó, como muy pocos fotógrafos, a documentar y visibilizar para reinventarlo y compartirlo con sus conciudadanos, con la esperanza de transformarlo en un país menos injusto y más democrático.

Contar con fotografías

John Mraz*

Alberto del Castillo Troncoso, *Marco Antonio Cruz: la construcción de una mirada (1976-1986)*, México, Instituto Mora / Fonca, 2020.

Éste es el libro que Marco Antonio Cruz merece. El gran fotoperiodista se nos ha ido, pero algunas de sus condensaciones fotográficas en una fracción de segundo quedarán impregnadas para siempre en nuestras fototecas mentales. Los pies del Judas ahorcado cuelgan en un primer plano mientras las multitudes aglomeradas en Izta-

palapa sirven de escenario para la celebración de la pasión de Jesucristo. En esa inolvidable mañana del 19 de septiembre de 1985, las ruinas de los edificios de Tlatelolco se acuestan de lado; detrás uno sigue en pie, pero ya solo un cascarrón. Gente sube para rescatar a los sobrevivientes o baja para salvarse, parada sobre lo que podrían ser barcos hundiéndose en un mar de devastación. El presidente Miguel de la Madrid se sienta en una reunión de la Confederación Obrera Revolucionaria, con un trasfondo de propaganda de la dictadura perfecta. Marco Antonio Cruz la convirtió en una crítica al hacer que el relámpago del “DESEMPLEO” apuntara directamente al responsable: el presidente mismo. Dos mujeres emperifolladas salen de Bellas Artes y se confrontan con la

pobreza de México en la persona de un organillero que les pide cooperar. Mientras una abre su bolsa, la otra registra en su cara el terror que le despierta el mundo de sus paisanos que no disfrutan de los privilegios de ellas.¹

Aunque Marco Antonio podía capturar esas realidades en un abrir y cerrar del diafragma, creo que su maestría se expresaba aún mejor al contar las historias que construía en sus fotorreportajes. Su pequeño libro, *Contra la pared* (1993), documentaba la práctica inhumana de los fotoperiodistas al meterse en las delegaciones y forzar a los detenidos a posar con

¹ Agradezco la cortesía de Ángeles Torrejón para la publicación de las cuatro fotografías de Marco Antonio Cruz en esta reseña.

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.